

LA CONVERSION CRISTIANA EN RELACION CON LA FE Y EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO SEGUN SAN JUSTINO

MARCELO MERINO

Dentro de la copiosa producción de trabajos científicos sobre la obra de Justino mártir, y más en concreto aquella bibliografía que tiene como punto de mira la investigación específicamente teológica de los escritos del apologista, no se ha tenido en cuenta el aspecto de la conversión cristiana que aquí pensamos abordar. Remitimos al lector a las anotaciones que anteriormente hemos hecho en otro trabajo ¹.

Por otra parte, la circunstancia de la celebración de este Simposio de Teología organizado por la Universidad de Navarra nos da la inmejorable oportunidad de contribuir con las presentes líneas a un mayor esclarecimiento del pensamiento de un escritor cristiano que, sin duda, «se lleva indiscutiblemente la palma entre todos los apologistas del siglo II» ². Comencemos, pues, el desarrollo de nuestra aportación.

1. *La fe personal y de la Iglesia*

La primera *Apología* aporta un texto, instructivo al máximo, sobre la relación existente entre la conversión cristiana y la preparación requerida a los candidatos del primer sacramento de la iniciación cristiana. Así, una vez que el Apologista ha refutado las acusaciones

1. Cfr. M. MERINO, *La conversión cristiana. El concepto de ἐπιστρέφειν y μετανοεῖν en San Justino*, en «Stud. Legion.» 20 (1979) 91-126.

2. D. RUIZ BUENO, *Padres Apologistas griegos*, Madrid, 1956, p. 155. Adelantamos que la traducción castellana transcrita en las presentes páginas está tomada de dicho autor. Los subrayados son nuestros.

dirigidas contra los cristianos³, trata de demostrar la veracidad de su religión, y se fundamenta para ello en el argumento de las profecías veterotestamentarias⁴, a la vez que pone al descubierto los mitos del paganismo⁵. Sigue, a continuación, una descripción detallada de las ceremonias y exigencias previas al sacramento del Bautismo: «Vamos a explicar ahora de qué modo, después de renovados por Jesucristo, nos hemos consagrado a Dios, no sea que, omitiendo este punto, demos la impresión de proceder maliciosamente en nuestra exposición»⁶.

Las palabras de Justino son importantes y solicitan la atención de sus lectores. No desea ni siquiera dar la impresión de proceder maliciosamente; por ello explicará con el ejemplo de su misma vida: él mismo se cuenta entre los que han sido renovados por Cristo y se han entregado totalmente a Dios. Efectivamente, Justino, hijo de paganos, dedica todo su afán a la búsqueda de la verdad. Las diversas escuelas filosóficas frecuentadas por él no satisfacen su curiosidad; no obstante, el platonismo le sensibilizará en el descubrimiento de Dios. Esta ansiedad suya le llevará al encuentro personal con un cristiano que le descubrirá la nueva religión⁷. De otra parte, también el ejemplo vivo de otros cristianos desempeñará un papel decisivo en la conversión de nuestro apologista; la visión ejemplar de la comunidad cristiana, en efecto, constituye la ocasión propicia de un acercamiento a la fe⁸.

Al testimonio de Justino hay que añadir ese otro colectivo de los cristianos: cada uno aporta el suyo propio. En honor a la verdad conviene señalar que el mismo apologista expone las profecías, y redacta sus escritos, para convertir al cristianismo a los lectores de los mismos⁹. El conocimiento de las profecías¹⁰ puede traer ciertamente

3. Véanse los capítulos 1 al 22 de la *I Apología*.

4. Cfr. capítulos 23-52 de la misma *Apología*.

5. Cfr. *I Apol.*, 53-60.

6. *I Apol.* 61,1: "Ὁν τρόπον δὲ καὶ ἀνεθήκαμεν ἑαυτοὺς τῷ θεῷ καινοποιοῦντες διὰ τοῦ Χριστοῦ, ἐξηγησόμεθα, ὅπως μὴ τοῦτο παραλιπώτες δόξωμεν πονηρεῖν τι ἐν τῇ ἐξηγήσει.

7. Puede leerse el desarrollo que hace el apologista en *Diál.* 2-8.

8. *I Apol.* 16,4: «Y esto lo podemos demostrar con muchos que han vivido entre vosotros, que dejaron sus hábitos de violencia y tiranía, vencidos ora contemplando la constancia de vida de sus vecinos, ora considerando la extraña paciencia de compañeros de viaje al ser defraudados...» *II Apol.* 12,1: «Y es que yo mismo, cuando seguía la doctrina de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar ser imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en amor de los placeres.»

9. *I Apol.* 44,13: «Porque no sólo los leemos intrépidamente nosotros, sino que, como véis, os los ofrecemos para que los examinéis vosotros...».

10. Sobre el argumento escriturístico empleado por nuestro apologista puede

la «persuasión y la fe a los que aman la verdad y no siguen la opinión, ni se dejan dominar de sus pasiones»¹¹.

La acogida de la fe, pues, es el deseo que se propone nuestro autor, y, por consiguiente, «una vez que os hemos exhortado por razonamiento y por una figura patente (se refiere el apologista al símbolo de la cruz), en cuanto nuestra fuerza lo ha consentido, nosotros nos sentiremos en adelante irresponsables, aun cuando vosotros sigáis incrédulos (ἀπιστῆτε), pues lo que de nosotros dependía, hecho está y a término ha llegado»¹².

La tarea primordial de todos los cristianos es conducir a la fe a cualquiera de los hombres, incluso a sus enemigos¹³. Paralelamente, según el apologista, es un deber para el cristiano disuadir a los falsos doctores de su error¹⁴. El anuncio de la Buena Nueva, por otra parte, no está reservado en exclusiva a los sabios; es tarea de todos los cristianos, incluso de los menos instruidos, que han de poner todo el celo posible, ya que no se trata de explicar según la «humana sabiduría, sino por virtud de Dios»¹⁵.

Existen, además, en la época que escribe el apologista de Flavia Neápolis, hombres doctos que regentan escuelas¹⁶; él mismo se cuenta entre ellos: el maestro responde a las objeciones de todos aquellos que desean discutir con él o que pretenden informarse sobre la religión cristiana¹⁷. Estas escuelas son de institución privada; la Iglesia, en cuanto tal, no hace suyas las enseñanzas que se imparten en ellas, aunque ocasionalmente, cuando la necesidad lo obliga, tenga que in-

verse con provecho el trabajo de P. PRIGENT, *Justin et l'Ancien Testament. L'argumentation scripturaire...*, París, 1960; G. OTRANTO, *Esegesi biblica e storia in Giustino*, Bari, 1979.

11. *I Apol.* 53,12.

12. *Ib.*, 55,8.

13. Esta es la enseñanza repetida del apologista. Cfr. *I Apol.* 14,3; *Diál.* 8,2; 35,2; 96,2-3; 108,3; 133,1 y 6.

14. *Diál.* 82,3: «Porque muchos, con marca falsa de verdad, han enseñado cosas impías, blasfemas e inicuas..., eso han enseñado y siguen enseñando. Por mi parte, a ellos como a vosotros, pongo mi empeño de sacarlos del error, sabiendo que todo el que pudiendo decir la verdad, no la dice, será juzgado por Dios».

15. *I Apol.* 60,11: «Ahora bien, entre nosotros todo eso puede oírse y aprenderse aún de quienes ignoran las formas de las letras, gentes ignorantes y bárbaras de lengua, pero sabias y fieles de inteligencia, y hasta de mutilados y privados de vista; de donde cabe entender que no sucede esto por humana sabiduría, sino que se dice por virtud de Dios».

16. Cfr. J. LEBRETON, *Le développement des institutions ecclésiastiques à la fin du second siècle et au début du troisième*, en «Rev. des Scien. Relig.» 24 (1934) 129-164; G. BARDY, *Les écoles romaines au second siècle*, en «Rev. d'Hist. Ecclés.» 28 (1932) 501-532.

17. *Diál.* 64,2: «...yo continuaré respondiendo a cuanto objetéis y contradigáis, cosa, por otra parte, que hago con todos absolutamente, de cualquier nación que sean, que quieren discutir conmigo o informarse de estas cuestiones».

tervenir para excluir de su comunión a ciertos maestros que enseñan doctrinas erróneas¹⁸.

Finalmente, conversión cristiana y catequesis caminan unidas¹⁹; ambas se complementan y se exigen mutuamente: no puede existir conversión interior si no existe la catequesis previa, pero a la vez se requiere la conversión del corazón si se quiere llegar al pleno conocimiento de la verdad; la catequesis suscita la conversión, y ésta engendra el deseo de la catequesis.

En el marco de todo el anterior contexto es donde se deben encuadrar las palabras del apologista que quisiéramos ahora traer a consideración:

«Cuantos *se convencen y tienen fe* de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos y decimos, y prometen vivir conforme a ellas, *se les instruye* ante todo para que oren y pidan, con ayunos, perdón a Dios de sus pecados, y *nosotros ayunamos y oramos* juntamente con ellos»²⁰.

La conversión cristiana se halla configurada por la llamada de Dios a los hombres y la respuesta de éstos a la solicitud divina²¹. La respuesta de los hombres, por otra parte, y según nuestro autor, está constituida por tres elementos: fe, perdón de los pecados y una conducta acorde a la fe profesada²². Pues bien, el texto que hemos

18. Sobre la existencia de falsos maestros, cfr. *ut supra*, n. 14.

19. Cfr. M. DUJARIER, *Le parrainage des adultes aux trois premiers siècles de l'Eglise*, París, 1962, pp. 181-194.

20. *I Apol.* 61,2: «Ὅσοι ἂν πεισθῶσι καὶ πιστεῦσιν ἀληθῆ ταῦτα τὰ ὑφ' ἡμῶν διδασκόμενα καὶ λεγόμενα εἶναι, καὶ βιοῦν οὕτως δύνασθαι ὑπισχνῶνται, εἶχεσθαι τε καὶ αἰτεῖν νηστεύοντες παρὰ τοῦ θεοῦ τῶν προσημαρτημένων ἄφεσιν διδάσκονται, ἡμῶν συνευχομένων καὶ συννηστεύόντων αὐτοῖς».

21. Ante la dificultad de exponer toda la doctrina de Justino sobre este punto, y ello por razones de extensión del presente trabajo, permítasenos citar algunas expresiones del apologista. Así, como ejemplo: *I Apol.* 40,7: «...y cómo, en fin, llama Dios a todos a conversión»; *Ib.* 15,7: «...pues no vino Cristo a llamar a conversión...» (cfr. *Mt.* 9,13; *Mc.* 2,17; *Lc.* 5,32); *Diál.* 80,3: «Porque yo no me decido a seguir a hombres o a enseñanzas humanas, sino más bien a Dios y a las enseñanzas que de El vienen»; etc.

22. Existe en el apologista un texto que resume el genuino concepto que el autor cristiano posee de la πίστις; se trata de aquél que encontramos en *I Apo.* 10,4: «Porque ser creados al principio, no fue mérito nuestro; mas, ahora, El —Dios— nos persuade y nos lleva a la fe para que sigamos, por libre elección, por medio de las potencias racionales, que El mismo nos regaló, lo que a El es grato». La fe es, en primer término, un don divino, y, por parte humana, consiste en la renuncia a la propia autonomía, a la vez que supone un buscar en Dios apoyo firme y duradero, poniendo todo en sus manos: pensamiento, voluntad y conducta, con el doble matiz de seguridad consciente y de perseverante fidelidad. La πίστις cristiana de Justino no es simplemente la aceptación

traído a nuestra reflexión nos habla de que esas mismas condiciones o requisitos son los exigidos para poder admitir a los catecúmenos al sacramento del Bautismo. Y esa misma exigencia será la requerida, en términos más o menos parecidos, por Justino, a propósito de la participación en la Eucaristía.

Sin embargo, penetrando en el texto de Justino podemos ver cierta progresión. En primer lugar podemos deducir una «convicción» y una «fe» de la persona que ha decidido convertirse. Y todo ello gracias a lo «que nosotros enseñamos y decimos». Efectivamente, se trata de una labor, tanto del sujeto o sujetos agentes —los que realizan la enseñanza—, como del paciente —el hombre converso— que es eminentemente intelectual. Pero no todo acaba ahí. A continuación viene una segunda «instrucción» *ante todo para que oren y pidan con ayunos...* No únicamente la parte intelectual del hombre es lo que tiene que ponerse en actividad, sino el hombre entero, el espíritu como el cuerpo. Aquella *convicción* y *fe* que en un principio era eminentemente intelectual debe llegar a concretarse y manifestarse mediante la oración y el ayuno. Sin duda, nuestro apologista desea poner de relieve las dos clases de «instrucción» necesarias para recibir el sacramento del Bautismo. Diríamos, con términos de nuestros días, que se trata de una evangelización y una catequización, propiamente dichas.

La instrucción catequética, por otra parte, da una perspectiva nueva a la conversión cristiana: un sentido comunitario. En la *metanoia* intervenían los miembros de la comunidad cristiana de una forma muy activa, a través de sus oraciones y ayunos; es decir, por el apostolado de sus miembros, la Iglesia desempeña un papel decisivo a la hora de persuadir²³ y de conducirles a la verdad de la fe. Bien sea individual o colectivamente, los cristianos se esfuerzan por dar nuevas posibilidades al espíritu y al cuerpo del ser humano: «enseñando generosamente, a quien quiera saberlo, lo mismo que nosotros hemos aprendido»²⁴.

La fe que se exige es *lo mismo que nosotros hemos aprendido*. Se trata de una fe en la Iglesia —en *nosotros*— como maestra de la

de una doctrina sobre lo que el hombre no conoce; es algo más: un movimiento de toda la persona humana; es como un viraje de todo el hombre hacia una existencia nueva, hacia una vida que cae dentro del horizonte de Dios. Tanto la «aceptación de la doctrina de Cristo», como «la confesión de Cristo» (ὁμολογία), al igual que «la observancia de la ley», son expresiones que la πίστις encarna.

23. Para el estudio de *πειθω*, en relación con *πιστεῦω* cfr. R. JOLY, *Christianisme et philosophie*, Bruxelles, 1973, pp. 113-118.

24. I Apol. 61,2.

verdad. Todo lo que Ella enseña, dice y aconseja, debe ser escuchado y aceptado como verdadero. Y no se trata sólo de creer *en* la Iglesia, en lo que constituye su enseñanza. Justino, en efecto, va más lejos: es la fe *de* la Iglesia, la fuerza de su verdad, la que se hace garantía para que la conversión del hombre llegue a feliz término. Con otras palabras: la fe eclesial no sólo constituye el objeto de credibilidad necesario para el que ha decidido convertirse, sino que entra a formar parte como sujeto agente eficaz en la misma conversión. Así lo da a entender la expresión del apologista: «...y nosotros ayunamos y oramos juntamente con ellos».

Sigamos leyendo a Justino para desentrañar todo el sentido eclesial que el pronombre *nosotros* encierra:

«Luego son conducidos por *nosotros* a sitio donde hay agua, y por el mismo modo de *regeneración* con que nosotros fuimos también *regenerados*, *son regenerados* ellos, pues entonces toman *en el agua el baño* en el nombre de Dios, Padre y Soberano del universo, y de nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo»²⁵.

¿Quiénes son los que conducen? ¿A qué grupo de personas se refiere el *nosotros*? Antes de responder dichos interrogantes permítasenos recordar otros dos textos en los que se encuentran formulaciones parecidas. El primero es el siguiente: «...y *éste sólo nombre aplica a Dios el que conduce* (ἄγοντος) *al baño a quien ha de ser lavado*»²⁶. El otro texto que nos parece importante es un poco más extenso y dice así: «*Por nuestra parte, nosotros después de así lavado el que ha creído y se ha adherido a nosotros, le llevamos a los que se llaman hermanos, allí donde están reunidos, con el fin de elevar fervorosamente oraciones en común por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado y por todos los otros esparcidos por todo el mundo, suplicando se nos conceda, ya que hemos conocido la verdad, ser hallados por nuestras obras hombres de buena conducta y guardadores de lo que se nos ha mandado, y consigamos así la salvación eterna*»²⁷.

25. I Apol. 61,3: Ἐπειτα ἄγονται ὑφ' ἡμῶν ἐνθα ὕδωρ ἐστί, καὶ τρόπον ἀναγεννήσεως, ὃν καὶ ἡμεῖς αὐτοὶ ἀνεγεννήθημεν, ἀναγεννῶνται: ἐπ' ὀνόματος γὰρ τοῦ πατρὸς τῶν ὅλων καὶ δεσπότης θεοῦ καὶ τοῦ σωτήρος ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ καὶ πνεύματος ἁγίου τὸ ἐν τῷ ὕδατι τότε λουτρὸν ποιοῦνται.

26. I Apol. 61,10.

27. I Apol. 65,1.

Permítasenos aclarar que el término ἄγοντος (en singular) del primero de los dos textos transcritos en último lugar, no encierra dificultad alguna acerca del estudio que pretendemos realizar²⁸, puesto que nuestro principal interés consiste en desvelar las personas, o persona (en singular), que vienen significadas en el pronombre de primera persona empleado por nuestro apologista.

El *nosotros* puede ser entendido en general de todos los cristianos, o de algunos en particular; es decir, se trataría en este segundo supuesto, de aquellos que forman con Justino la comunidad local a la que él pertenece. Y todo ello si atendemos a lo manifestado en *Apol.*, 61,3. De lo que no hay duda alguna es de que se trata de cristianos. Precisamente los otros dos textos aportados nos ayudan a decidir finalmente que se trata de los cristianos en su sentido más amplio.

Efectivamente, lo dicho en *Apol.*, 65,1 hace referencia explícita a todos aquellos que, conociendo la verdad, consiguen la salvación eterna. Y hay que decir, además, que para los lectores atentos de nuestro filósofo no constituye novedad alguna la inteligencia de este texto: la verdad viene a significar la doctrina toda del cristianismo, y los que conocen la verdad «formarán una sola alma, una sola congregación, una sola Iglesia (la Iglesia que de Cristo nace y de su nombre participa, pues todos nos llamamos cristianos)...»²⁹.

La expresión *son conducidos por nosotros*, pues, revela por una parte la dimensión comunitaria —tal vez con algunas reservas, se podría llamar eclesial— de la conversión cristiana. Y esta dimensión incluye que el converso acepta la fe de la Iglesia y que la fe de la Iglesia juega un papel activo de no escasa importancia. Ambas características se hallan incluidas en la expresión *son conducidos por nosotros*: la fe del sujeto y la fe de la Iglesia se convierten de esta manera en exigencias previas a la recepción del Bautismo. Con otras palabras, la respuesta del hombre a la llamada divina necesita para su completa realización no sólo de una ayuda, sino también aceptación de la comunidad a la que se incorpora quien ha decidido convertirse.

28. Nos parece de interés recordar que fue DOM MARAN, en 1742, quien prefirió la lectura de este término verbal (cfr. MG 6, 421 B), habiendo conocido previamente la lección en singular, transmitida por primera vez en la edición de THIRLBIO, de 1722. De esta forma seguía Dom Maran la lectura tradicional que se encontraba en las ediciones anteriores, vgr. en el códice Parisino 450, que data, como bien es sabido de 1364. No obstante, C. Th. E. ORTO, *Corpus Apologetarum...*, I, Wiesbaden, 1969, p. 167, nota 15, aduce diversas objeciones contra la lectura en plural. Nosotros dejamos la cuestión donde se encuentra, pues carecemos de datos importantes al objeto de dar una opinión al respecto.

29. *Diál.* 63,5.

Así, pues, que el candidato al primer sacramento de la iniciación cristiana sea *conducido por nosotros* constituye, en primer lugar un testimonio público de su conversión personal a Cristo, netamente afirmada ante los hombres que han escogido con anterioridad su mismo camino. Implica, por lo tanto, un gesto generoso, valiente, una confesión pública de su fe, un signo exterior de las intenciones leales, respecto a la ruptura con el propio pasado y la agregación a un nuevo medio religioso. A la vez, la expresión aducida por Justino no implica únicamente una actitud pasiva por parte de la Iglesia significada por el *nosotros*; el pronombre de primera persona, expresa, en la pluma de nuestro autor, una comunidad de espíritu basada en la unidad de la misma fe³⁰, una acogida a quien ha decidido convertirse, pero al mismo tiempo, los cristianos —la fe de la Iglesia— no sólo se limitan a introducir en su comunidad al que ha decidido convertirse mediante una iniciación concreta, mas dejado a sus propias fuerzas, sino que además de prepararle a la nueva vida, informándole del comportamiento que se espera de él respecto de los deberes que le corresponderán como miembro de la nueva comunidad eclesial, los cristianos, afirma el apologista, toman parte activa en la conversión misma del candidato al cristianismo a través de la propia oración y el propio ayuno.

2. *El Sacramento del Bautismo*

Todos los actos personales del que ha decidido convertirse constituyen la respuesta humana a la llamada de Dios y, a su vez, son aportaciones del hombre tributarias de dicha vocación divina; pero no producen la realidad de la conversión. La vocación de la Iglesia que acompaña al que ha tomado la decisión de convertirse es, por otra parte, la que realiza no sólo una función de acogida de la fe del sujeto, sino que también se convierte, en un orden efectivamente activo, en la continuación de la fe del hombre que ha decidido cambiar de vida. Con otros términos, tanto la fe del sujeto, como la fe de la Iglesia, viene a decir nuestro autor, son necesarias. No es que la fe de la Iglesia *supla*, por decirlo de alguna manera, sino que es tan necesaria como la misma fe del hombre, en orden a una auténtica conversión cristiana.

Hasta aquí existe auténtica adhesión a Cristo en la Iglesia, en

30. Cfr. *I Apol.* 5,4; 8,3; 14,1; 20,2; etc.

nosotros, según el apologista; pero no habrá una adhesión objetiva, real, si no existe una *regeneración* en el hombre. Justino recuerda a este respecto las palabras del Señor: «Si no volviereis a nacer no entraréis en el reino de los cielos»³¹. Ahora bien, podemos preguntar al apologista, ¿en qué consiste tal *regeneración*? ¿Cómo se realiza? ¿Qué términos la significan? El texto citado más arriba en estas páginas, nos referimos al de *I Apol.* 61,3, nos señalan el vocablo griego ἀναγεννήσις como punto de reflexión.

Antes de entrar a estudiar el término empleado por Justino para significar el nuevo nacimiento al que el convertido está llamado, permítansenos algunas consideraciones previas. En primer lugar, nuestro apologista se refiere a una realidad sobrenatural, al Bautismo cristiano; así nos lo hace entender la expresión «toman en el agua el baño...». De otra parte, la vida nueva a la que nace el bautizado parece resumirse en dos aspectos: negativo el primero y positivo el otro. Estos dos puntos de vista, complementarios ambos, se funden en la misma realidad: en la *regeneración*. El aspecto negativo viene significado por el alejamiento del pecado; el positivo lo constituye la «iluminación» que trae consigo el nuevo nacimiento³². Aunque ambos elementos forman una idéntica realidad, Justino, como buen filósofo, adapta sus enseñanzas a la manera de concebir de los seres humanos, da preferencia al aspecto negativo que es el que interesa también prioritariamente al hombre pecador, pues, comprendiendo éste su miseria, buscará con mayor vehemencia el deseo de volver hacia Dios. Ello, no obstante, no significa que el apologista niegue al horizonte positivo su primacía ontológica; se trata exclusivamente de un orden metodológico³³.

El aspecto negativo de la regeneración bautismal viene reflejado en el lenguaje del naplusense mediante el término λούτρον. Para Justino, efectivamente, como para otros apologistas cristianos de su tiempo³⁴, el primer efecto del nuevo nacimiento es el abandono de la vida anterior, reflejado en la remisión de los pecados y el apartamiento de ellos.

A decir verdad, no proliferan los textos donde se vea este efecto

31. *I Apol.* 4 (*Jn* 3,5).

32. Se trata ciertamente de un nacimiento espiritual, aunque no por ello menos real; así parece entenderse por el texto de *I Apol.* 61,5: «...evidente es para todos que no es posible, una vez nacidos, volver a entrar en el seno de nuestras madres».

33. Para tener una idea exacta del orden que prefiere Justino, recomendamos la lectura seguida y completa de todo el capítulo 61 de esa su primera *Apología*.

34. Cfr. ARÍSTIDES, *Apol.* 17,4; TEÓFILO, *Ad Autol.* 11,16; etc.

de la *regeneración*, pero sí que se pueden encontrar los suficientes para concluir una idea nítida del pensamiento de Justino al respecto. Veamos un ejemplo que nos parece de sumo interés:

«Así pues, por este *baño de la penitencia y del conocimiento de Dios*, instituido por Dios para remedio de la iniquidad de los pueblos, como clama Isaías, *hemos alcanzado nosotros la fe*, y os intimamos que éste es, como predijo el profeta, el único bautismo que puede purificar a los que hacen penitencia; esta es el agua de la vida... ¿Qué provecho, en efecto, se sigue de un baño que sólo limpia la carne y el cuerpo?»³⁵.

El contexto en el que se encuentra el pasaje citado es revelador: Justino introduce el tema del baño (λουτρόν), mediante una alusión a *Is* 1,16, en *Diál.* 12,3; prosigue su referencia en 13,1, e interrumpida su exposición por la larga transcripción de *Is* 52-54, vuelve a recordar el consejo del profeta, y marca el plan a seguir en el capítulo 14 del *Diál.*

De hecho, Isaías habla de un baño que lava los pecados. Es necesario señalar, sin embargo, que el interlocutor cristiano introduce el texto profético con dos precisiones ignoradas por Isaías: aquí se trata de un baño τῆς μετανοίας καὶ τῆς γνώσεως τοῦ θεοῦ. Esta misma interpretación que realiza Justino en *Diál.* 14,1 se encuentra en otros dos lugares de su obra³⁶. Además, otro punto de comparación puede servirnos a una completa inteligencia del término λούτρον utilizado por el apologista: En *Diál.* 14,1, para mostrar la eficacia de ese Bautismo en el agua de la vida, contrapone, en antítesis manifiesta, la eficacia de dicha agua viva a los pozos rotos y que nada aprovechan a los judíos³⁷.

35. *Diál.* 14,1: Διὰ τοῦ λουτροῦ οὖν τῆς μετανοίας καὶ τῆς γνώσεως τοῦ θεοῦ, ὃ ὑπὲρ τῆς ἀνομίας τῶν λαῶν τοῦ θεοῦ γέγονεν, ὡς Ἡσαΐας βοᾷ, ἡμεῖς ἐπιστεῦσαμεν, καὶ γνωρίζομεν ὅτι τοῦτ' ἐκεῖνο, ὃ προηγόρευε, τὸ βάπτισμα, τὸ μόνον καθαρῶσαι τοὺς μετανοήσαντας δυνάμενον, τοῦτ' ἐστὶ τὸ ὕδωρ τῆς ζωῆς. Τί γὰρ ὄφελος ἐκεῖνου τοῦ βαπτίσματος, ὃ τὴν σάρκα καὶ μόνον τὸ σῶμα φαιδρύνει;

36. Nos referimos a *I Apol.* 61,7 y, sobre todo, al de *Diál.* 44,4, donde se dice: «Debéis esforzaros en conocer por qué camino os ha de venir el perdón de los pecados y la esperanza de heredar los bienes prometidos. Y ese camino no es otro sino que reconozcáis a Jesús por Cristo, os lavéis en el baño que el profeta Isaías anunció para la remisión de los pecados y viváis en adelante sin pecar».

37. La alusión al profeta Jeremías es evidente: «Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cis-

Así, pues, por el contexto todo en el que se desenvuelven las palabras citadas de *Diál.* 14,1, no cabe duda alguna de que Justino está haciendo referencia, por contraposición a lo que él pretende significar, a toda la legislación judía sobre la «pureza legal»³⁸, a sus lavatorios y a su circuncisión, los cuales, como purificaciones, no tenían más que eficacia ritual³⁹. Por el contrario, nuestro autor se sirve de término e imágenes, utilizados en el ambiente intelectual y religioso del judío Trifón, su controvertista ocasional, para hablar de la purificación eficiente del corazón. Las formas verbales «lavaos, purificaos», como expresiones proféticas tomadas del contexto de la purificación ritual judía, designan la situación real de quien se aleja y abandona su antigua vida de pecado.

Hay en el texto aducido de nuestro apologista dos precisiones más que determinan al sustantivo λούτρον, dándole unas perspectivas desconocidas en su realidad por los profetas veterotestamentarios: nos referimos a los genitivos μετανοίας y γνώσεως. Al describir anteriormente en este mismo trabajo nuestro las exigencias requeridas para la admisión a dicho baño, hemos señalado cómo el apologista da a entender que el Bautismo va precedido de un deseo sincero de conversión, manifestado en una «convicción» y en una «fe». Pero las palabras que ahora comentamos de nuestro autor hacen pensar que el mismo lavatorio es la realización de las mencionadas *convicción* y *fe*. Es decir, la conversión sincera del corazón exige necesariamente lavarse en el agua viva, y de tal forma esto es así, que sin esta acción purificadora no es posible la realización de la conversión⁴⁰.

ternas agrietadas, que el agua no retienen» (*Jer.* 2,13). Sobre el simbolismo del agua, cfr. P. REYMOND, *L'Eau, sa vie et sa signification dans l'Ancien Testament*, Leiden, 1958; J. DANIELOU, *Le symbolisme de l'Eau vive*, en «*Rev. de Scienc. Relig.*» 32 (1958) 335-346.

38. Sobre el importante papel de la pureza legal en el judaísmo, puede verse el trabajo de P. VAN IMSCHOOT, *Theologie de l'Ancien Testament*, París, 1956, pp. 204-215.

39. Los judíos procuraban el estado de pureza ritual, exigido por la cercanía de lo sacro; no existía propiamente el perdón de los pecados: lo impuro se transmitía por simple contacto, independientemente de la voluntad y sin llegar, por tanto, a falta moral alguna. La purificación mediante el agua era aplicada tanto a personas como a cosas. Los auténticos representantes de la religión bíblica, sin embargo, distinguen netamente la pureza ritual y la moral; ésta segunda reemplazará totalmente a aquélla. Incluso los baños religiosos, en el judaísmo oficial, tienen como finalidad procurar un estado de proximidad religiosa con Dios, que no se identifica necesariamente con la pureza moral. Sobre todos estos temas, cfr. J. DELORME, *La pratique du Baptême dans le judaïsme contemporain des origines chrétiennes*, en «*Lumière et Vie*» 26 (1956) 21-60.

40. La exigencia del Bautismo para la conversión interior viene expresada con caracteres de necesidad cuando Justino afirma que «ese baño τῆς μετανοίας καὶ

La identidad que se trasluce en la aclaración de Justino a Trifón, en *Diál.* 14,1 entre λούτρον τῆς μετανοίας καὶ τῆς γνώσεως τοῦ θεοῦ y el sustantivo βάπτισμα da visión neotestamentaria a todo el pasaje que comentamos⁴¹ y, a su vez, trae a nuestra memoria otras citas del apologista que expresan el lavatorio en agua de vida como βάπτισμα τῆς μετανοίας, fórmula consagrada por Juan el Bautista⁴². No cabe duda que las dos expresiones encierran la misma significación cultural y técnica para Justino. De una parte, λούτρον es lazo de unión con toda la cultura judeo-pagana; βάπτισμα quiere dejar bien formulada la realidad cristiana. Ambos términos, a la vez y por separado, significan la inmersión del hombre en el agua, y esta inmersión o baño purificador realiza la conversión interior operada en el ser humano. Uno y otro términos significan eficazmente el retorno del hombre entero que se ha lavado en agua viva, que rompe las ataduras del pecado, se vuelve hacia Dios y comienza una nueva existencia. El βάπτισμα⁴³ significa y realiza eficazmente la remisión de los pecados y la fe del converso; es decir, el comienzo de una nueva vida, de una regeneración.

Justino señala en el texto que comentamos una necesidad ineludible: la vida nueva que comienza, podríamos decir, con el arrepentimiento de la conducta anterior, no podrá tener existencia real si no va precedida, juntamente con la fe, de una conversión interior del corazón, del deseo de cambiar o de traducir al lenguaje de «justicia, piedad», etc., toda la vida anterior de pecado. El Bautismo, pues, señala y realiza, a diferencia del de Juan el Bautista⁴⁴, el punto de salida y la vida nueva que tiene como meta la conversión cristiana. La fase de purificación que trae consigo la μετανοία es coro-

τῆς γνώσεως es el único bautismo (βάπτισμα) que puede purificar a los que hacen penitencia (καθαρίσαι τοὺς μετανοήσοντας)» (*Diál.* 14,1). Cfr. H. THYEN, *βάπτισμα μετανοίας εἰς ἄφεσιν ἁμαρτῶν*, Tübingen, 1964, pp. 97-126; J. BAILLIE, *Baptism and Conversion*, New York, 1963. Para el significado de μετανοία en nuestro autor, cfr. M. MERINO, *El concepto de ἐπιστρέφειν y μετανοεῖν en san Justino*, en «*Stud. Legion.*» 20 (1979), pp. 111-124.

41. El sustantivo βάπτισμα tan sólo aparece cuatro veces en todo el Antiguo Testamento, mientras que es abundantemente empleado en los escritos del Nuevo.

42. Cfr. *Mc* 1,4; *Lc* 3,3; *Act* 13,24; 19, 4; etc.

43. Para el estudio detallado de este término, cfr. A. OEPKE, art. βάπτω, en G. KITTEL, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Stuttgart, 1933, vol. I, pp. 527-544; J. YSEBAERT, *Greek Baptismal Terminology. Its origins and early development*, Nimègue, 1962 (con abundante bibliografía); R. GINOUVES, *Balaneutiké*, París, 1962.

44. Juan el Bautista predicaba un «bautismo de conversión en vistas a la remisión de los pecados» (cfr. nota 42, *ut supra*), pero no era más que provisorio y profético.

nada por el Bautismo, cuyo efecto, desde esta perspectiva, consiste en la limpieza objetiva de todo lo que llevaba señal de pecado en la persona bautizada. La regeneración bautismal, en efecto, es vida nueva en cuanto que es baño de purificación para los que han decidido convertirse. No se trata ya simplemente de un esfuerzo de renovación interior subjetivo, sino que se trata de algo objetivo, es decir, de la renovación misma.

De otra parte, Justino no limita estos términos a su acción negativa exclusivamente. Es lo que acabamos de exponer. Tanto λούτρον como βάπτισμα expresan la acción profunda que positivamente trae consigo el sacramento cristiano. La remisión de los pecados no es más que el acto preliminar que lleva hasta la consagración total a Dios. De ahí que nuestro apologista pueda exclamar con toda verdad que por ese bautismo «hemos alcanzado nosotros la fe»⁴⁵. Justino —lo manifestábamos líneas más arriba— no separa un aspecto del otro si no es únicamente por razones metodológicas. Ambos puntos de vista, el negativo y el positivo, forman parte de una misma e idéntica realidad que viene significada por el vocablo ἀναγεννήσις⁴⁶. El «baño» no consiste exclusivamente en la purificación de los pecados (τῆς μετανοίας), es a la vez inteligencia para alcanzar el conocimiento de Dios. La acción propia del Bautismo es abrir los ojos a la luz que dimana de la doctrina divina. De ahí que nuestro autor manifieste:

«Y este baño (λούτρόν) se llama *iluminación* (φωτισμός) para dar a entender que son iluminados (φωτιζομένων) los que aprenden estas cosas»⁴⁷.

No es necesario explicar el término griego φωτισμός recurriendo a las religiones místicas⁴⁸; la imagen está profundamente enraizada en la Sagrada Escritura, de manera principal en las páginas de san

45. El empleo del aoristo por nuestro autor es revelador: se trata de algo ya realizado.

46. El empleo de este término, en referencia explícita al Evangelio de san Juan (cfr. *I Apol.* 61,3,10; 66,1; *Diál.* 138,2 (vid. Jn 3,3-4)), nos permite pensar que su conocimiento, en la época de nuestro autor, era ya clásico, pues Justino lo utiliza sin grandes reservas y sin una previa explicación por su parte.

47. *I Apol.* 61,12: Καλεῖται δὲ τοῦτο τὸ λούτρον φωτισμός, ὡς φωτιζομένων τὴν διάνοιαν τῶν ταῦτα μανθανόντων.

48. Existe al respecto un trabajo de S. AGRELO, *Algunos precedentes culturales de la simbología cristiana de la luz*, en «Antoniano» 47 (1972) 96-121. Igualmente, M. RAOSS, *Illuminazione misterica e illuminazione battesimale nei Padri dei primi secoli*, en «Riv. Rosmin. di Filos. e di Cultura» 57 (1964) 180-188.

Juan⁴⁹ y san Pablo⁵⁰. A la luz de estos escritos neotestamentarios aparece manifiesto el concepto que adopta el término griego en los textos de nuestro apologista⁵¹. Es posible que la *iluminación* de la que habla el apologista haya que identificarla con el don del Espíritu Santo; no obstante, Justino no lo dice explícitamente⁵². Lo que sí parece cierto es que la iluminación bautismal viene a reforzar y ampliar las posibilidades de las facultades superiores del que recibe el sacramento.

La conversión cristiana, lo decimos una vez más, encierra la respuesta del hombre, consciente y libre, a la propuesta iniciada por Dios.

49. Por el bautismo, el Evangelista reconoce al «Logos», «la verdadera luz que ilumina a todo hombre» (Jn 1,19). El bautismo arranca al alma de la obscuridad de las tinieblas. Desde su nacimiento al ser —sintetizamos el pensamiento de san Juan—, el alma se encuentra cautiva del demonio, que es el príncipe de las tinieblas, mentiroso y padre de la mentira (Jn 8,44); por ello el conocimiento que el hombre puede tener de Dios, por la sola razón (la fe de la Iglesia defiende vigorosamente, sobre este punto, la grandeza y el poder de la razón humana, cfr. Conc. VATICANO I, Sess. III, cap. 2), está totalmente oscurecido y deformado por el pecado: «A Dios nadie le ha visto jamás» (Jn 1,18). «Es imposible al hombre —dirá más tarde san Ireneo—, sin Dios, conocer a Dios» (Adv. Haer. IV, 5,1). Hace falta que Dios mismo se revele al hombre, y que su Palabra se encarne, para que Ella nos manifieste los misterios del Padre (cfr. Jn 1,18; 15,15). Cfr. T. HALCON, *Baptism as Illumination*, en «The Irish Theological Quarterly» 32 (1965) 28-41.

50. El Apóstol de las gentes exhorta a los cristianos a una vida digna de su vocación: «porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad» (Eph. 5,8-9). En los escritos de san Pablo, el Bautismo aparece, entre otras imágenes, como una iluminación, o, si se prefiere, como el comienzo de un día nuevo, cuyo sol es Cristo, al término de un sueño mortal. El iluminar paulino es dar la vida; las tinieblas son el poderío de la muerte. La perspectiva paulina del Bautismo evoca el misterio de Cristo; es decir, en el Bautismo, Cristo, asociando al hombre a su propia resurrección, le arrebató el poder de la muerte, de la ignorancia y del pecado, para hacerle vivir en la luz de Dios. Cfr. A. TAMAYO LOMBANA, *El Bautismo en la teología de san Pablo*, en «Franciscanum» 1 (1959) 7-56.

51. No podemos menos que traer un texto importante de nuestro apologista: «...hay quienes se hacen discípulos del nombre de Cristo y abandonan el camino del error; y éstos, iluminados (φωτισόμενοι) por el nombre de Cristo, reciben dones según lo que cada uno merece; uno, en efecto, recibe espíritu de inteligencia, otro de consejo, otro de fortaleza, otro de curación, de preesciencia, de enseñanza y de temor de Dios» (Diál. 39,2).

52. Justino conocía ciertamente los dones carismáticos del Espíritu Santo: «Porque entre nosotros se dan hasta el presente carismas proféticos» (Diál. 82,1); «Y así entre nosotros pueden verse hombres y mujeres que poseen carismas del Espíritu de Dios (Ib. 88,1); etc. Sabía igualmente el apologista cristiano, de la presencia de Cristo por el Espíritu en el alma de los creyentes: «Porque vestido de El —de Cristo— llamó el Espíritu Santo a los que por El han recibido la remisión de los pecados, y El les asiste siempre por su virtud...» (Ib. 54,1). Finalmente, Justino concede un lugar importante al Espíritu Santo en el Bautismo: «¿Qué necesidad hay de aquel baño —se refiere a la circuncisión judía— para quien está bañado por el Espíritu Santo?» (Ib. 29,1). Cfr. P. MARTÍN, *El Espíritu Santo en los orígenes del cristianismo. Estudio sobre 1 Clemente, Ignacio, 2 Clemente, y Justino mártir*, en «Biblia di Scienze Religiose» 2 (1971) 370 ss.

La inteligencia humana, pues, interviene haciendo un juicio valorativo sobre el conjunto de la doctrina divina que le es propuesta, para la adhesión de credibilidad (si se puede creer). Como dicha adhesión implica un cambio total, que abarca toda la vida, también interviene la voluntad, en primer lugar, para dar un juicio de credentidad (se debe creer): se trata de la voluntad en acto de decisión. Por otra parte, como el asentimiento choca con misterios que, como tales, están por encima del entendimiento humano, el acto de fe por el que la inteligencia se adhiere a la propuesta divina, debe ser imperado por la voluntad⁵³, con un acto eminentemente libre. Por todo esto es por lo que Justino pide a los candidatos al Bautismo *convencimiento y fe*, como hemos señalado más arriba⁵⁴.

La decisión de responder a la llamada divina es, en un primer estadio, un tanto confusa en cuanto al cambio que habrá de realizar el hombre. Aunque ha de ser imperiosa, pues se piensa que se debe aceptar, sin embargo se trata de una respuesta que implica una adhesión espiritual a la fe cristiana globalmente considerada. Será la iluminación bautismal, por decirlo de alguna manera, quien da, en el mismo orden de cosas, el detalle y la concreción de la revelación hecha por Dios a aquel que está convencido «poder-creer» y «deber-creer», para llegar a la realización misma de creer. Entonces, aquellos vínculos espirituales o morales, como se prefiera, que unían al hombre con Dios, se transforman mediante el Bautismo en lazos reales o físicos, que obran verdaderamente la unión⁵⁵.

No se trata, ciertamente, de que la iluminación bautismal permita contemplar nuevos objetos a la inteligencia humana, en el sentido de que éstos no estuvieran incluidos en el *convencimiento y la fe* del bautizando; lo que la iluminación capacita es admirar aquellas enseñanzas, pero *ya* desde la misma fe, como regalo divino. Con otras palabras, en el período prebautismal, las potencias superiores del hom-

53. Aunque se trate de un tema marginal a nuestras actuales reflexiones y que, por otra parte, merecería un estudio más profundo, permítasenos, al menos, traer unas palabras del apologista al respecto: «Ahora, para que no sigamos siendo hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino de la libertad y del conocimiento, y alcancemos juntamente perdón de nuestros pecados anteriores...» (*I Apol.* 61,10). El deseo de verdad y de libertad como incentivos de la conversión cristiana aparecen reiteradamente a lo largo de toda la obra de Justino. Sobre el punto que ahora ocupa nuestra atención dirá siglos más tarde santo Tomás de Aquino: *In cognitione fidei principalitatem habet voluntas* (*Contra Gent.* Lib. III, cap. 40).

54. Cfr. *I Apol.* 61,2, *ut supra*, nota 20.

55. Palabras mucho más esclarecedoras que las nuestras son las del Aquinate: *Adulti prius credentes in Christum sunt ei incorporati mentaliter. Sed postmodum, cum baptizantur, incorporantur ei quodam modo corporaliter* (*S. Theol.* III, 69,5, ad 1).

bre se esfuerzan por comprender, pero es gracias al concurso divino, que tiene lugar plenamente mediante la recepción del Bautismo, cuando se provoca realmente la adhesión a las enseñanzas previamente insinuadas⁵⁶.

Tampoco se puede deducir por las palabras de Justino que la iluminación bautismal muestre visible un objeto que es de suyo inevitable para la inteligencia humana. No obstante, permite contemplar en toda su fuerza aquellos signos que manifiestan la posibilidad de creer las enseñanzas divinas y la verdad del misterio de Dios que dichas enseñanzas nos proponen. Así pues, la iluminación que trae consigo, o mejor todavía, en que consiste el Bautismo, adapta de alguna manera y da proporciones adecuadas a la inteligencia humana acerca de la verdad divina. La iluminación, y los dones del Espíritu Santo que la acompañan, regala al bautizado ese sentido divino, misterioso, que le permite gustar de las cosas divinas; en una palabra: le permite *creer*, en el sentido más real del término. De aquí que podamos concluir con nuestro apologista, que gracias al Bautismo «hemos alcanzado nosotros la fe»⁵⁷.

No quisiéramos acabar la presente exposición sin hacer alguna referencia a un texto de nuestro autor que ya hemos citado más arriba⁵⁸. La brevedad de estas páginas nos impiden un examen detallado de las expresiones utilizadas por Justino. Pero no nos resistimos a hacer una mención que nos parece de sumo interés: El bautizado, al salir del agua, es decir, una vez bautizado, es conducido «a donde están congregados los que se llaman con el nombre de hermanos». De forma nítida, Justino señala que el Bautismo es la puerta de acceso a la «congregación de los hermanos», es decir a la Iglesia. El Bautismo, pues, no sólo sella el proceso de purificación y adhesión interior del convertido, sino que externamente y de manera oficial, le integra al Cristo presente, es decir, a la Iglesia. Y una vez más, y ésta ya definitiva, la fe de la Iglesia desempeña su insustituible papel. Así nos lo dan a entender las siguientes palabras del apologista: «con el fin de elevar fervorosamente oraciones en común por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado y por todos los otros esparcidos por todo el mundo... y consigamos así la salvación eterna»⁵⁹. La fe eclesial profesada, se convierte en fe celebrada, no sólo por quien

56. También el Doctor Angélico dirá: «La luz de la fe hace ver aquello que se debe creer» (*Ib.* II-II, 1, 4, ad 3).

57. *Diál.* 14,1 *ut supra*, nota 35.

58. Cfr. nota 27.

59. *I Apol.* 65,1.

acaba de recibir el sacramento, sino para la misma Iglesia. Podemos, pues, decir que el Bautismo no es únicamente una consagración para la lucha personal; sino que la Iglesia misma se revitaliza con el sacramento del Bautismo.

CONCLUSIÓN

La conversión cristiana exige unos determinados actos personales por parte de quien ha decidido responder al llamamiento divino. La adhesión a Cristo, aunque primariamente venga revestida con matices intelectuales, supone una *fe* que compromete la vida toda del hombre.

En segundo lugar, la catequesis que acompaña a la conversión y es exigida antes de la recepción del sacramento del Bautismo pone de relieve otra característica de la misma: su sentido eclesial. La *fe de la Iglesia* no se refiere únicamente al objeto que ha de ser creído por quien decide recibir el Bautismo, sino que de una cierta manera supone que esa misma fe eclesial se constituye en ministro del sacramento, mediante la acogida del converso y la conducción del mismo a las aguas bautismales.

El momento central de la conversión tiene lugar en la regeneración que se opera mediante el lavado. Es aquí donde se *realiza* plenamente la conversión, alcanzando quien ha decidido convertirse la limpieza objetiva de sus pecados y la auténtica inteligencia de Dios.

Finalmente, la celebración del sacramento del Bautismo no es sólo la puerta de entrada a la comunidad eclesial de la persona que ha recibido el sacramento, sino que se convierte para la misma Iglesia en ocasión para vivir la fe. De ahí que se pueda concluir que la realización del sacramento sea fuente de vida para la misma Iglesia.

